

Espacios y cosas protegidas

Poco me importa la opinión popular, de municipales y hasta ediles de ayuntamientos que crean ser aludidos, que no directamente citados; porque nadie lo va a ser de manera nominal al menos.

Es curioso que se piense embellecer calles, con atributos que en tiempos ya tuvieron, y que a pocos centímetros de la superficie están enterrados. Más de un *lelo* de entonces consideró que aquello ya no valía y lo sepultó para ponerse al día, y ahora se les suben a la cabeza los deseos de recuperar lo que tan alegremente despreciaron y se deciden a acudir a espacios y cosas protegidas.

Quieren *desempedrar* espacios que apenas conservan otra cosa que sus piedras, pobres tesoros con que una naturaleza extremadamente mezquina los dotó, y que a pesar de todo, quizás en mezquinas y pobres cosas, resida su mayor belleza y valor, para una sociedad ansiosa e inconformista, que empieza a volver la vista a sus orígenes cada vez con mayor frecuencia y necesidad.

Se dictaron leyes y normas para la conservación de los espacios, leyes que a duras penas se mantienen y mucho menos se cumplen. Y se pretende transgredir esos preceptos para saciar caprichos y aumentar costos; porque nada más quitar el asfalto se topará con los adoquines originales, digo yo; porque esas calles tenían adoquines.

Pueblos bellos, lugares castigados por la brutal emigración, hasta el punto que hace peligrar seriamente su continuidad como entes. En el mío, situado en un vértice privilegiado comarcal, clara exponencia de los deseos de vivir y conservarse bello, sin apenas gritar, pude comprobar hace bien poco cómo recuperaban la belleza de una calle con sus mismos materiales que tuvo.

Fue necesario reparar infraestructuras sanitarias, se descubrieron los adoquines y se volvieron a situar en su sitio; sin necesidad de acudir a canteras, que las tiene en abundancia, sobre las que existe protección inducida al menos y respeto, si bien ya ha habido expolios para satisfacer caprichos capitalinos o de particulares, aunque presuman de tener gran amor por la naturaleza y sus cosas.

Y expolio puro y duro fue también, no sé si autorizado o no, el abuso que se cometió con nuestra laguna, cuando se secó y de sus centenarios posos se llevaron toneladas para embellecer cierto parque capitalino.

Y expolio el desmantelamiento de bellos edificios del monte,

testimonios de una cultura que debiera ser intocable, para edificar particulares mansiones capitalinas, y en su lugar quedan frías cicatrices, y en la mente de los lugareños y oriundos todos, triste recuerdo de las bellas imágenes.

Por eso mismo hemos de ser sinceros y sensatos, respetuosos y conscientes del gran valor de nuestros espacios y territorios. Porque se pueden recuperar las bellezas que con tanta alegría fueron enterradas, tratar de dejar lo más intacto posible lo que la naturaleza nos dejó.

Estos espacios que nos quedan son un tesoro, y cada vez serán más buscados como reposo del cuerpo y del alma, y más codiciados también para lucros particulares, de ahí la gran responsabilidad de velar por ellos. Nunca es tarde, pero es necesaria una gran perseverancia.

Es triste pensarlo, pero será real. Sobre nuestros queridos pueblos; sobre nuestros bellos espacios; sobre sus gentes honradas y sacrificadas hasta límites insospechados, caerán nuevos males, por la estupidez que atonta y embrutece.

Alguien se encargará de dar a la luz mayor claridad, descubriendo con paciencia lo ocurrido. Y se harán tesis doctorales, acudiendo a la abrumadora información, a los gestos y a las actitudes, a hemerotecas que conservan el testimonio y las grandes listas, con sus nombres y apellidos de tantos responsables en lo bueno y en lo malo; y se alabarán decisiones y se criticarán otras, hasta donde el doctorando considere que es necesario, para que quede fiel constancia a generaciones que nos sucedan en el tiempo y sean quienes se encarguen de dictar el veredicto más justo.